

BELLEZA

Marea

Lo encontré en la basura y se me ocurrió robar flores del Parque de la Constitución, para colocarlas en él. Quizá la gente pensara que estaba loca al ver, junto a mi colchón, las mantas y los cartones, un jarrón azul con flores frescas. Pero, a fin de cuentas, ese rincón era mi casa. Y hacía mucho que no tenía algo que no sirviera para nada, que solo ofreciera belleza.

Mirarlo me daba calma y eso me venía bien de noche, cuando me daba miedo dormirme por si me robaban, me violaban o me mataban. Siempre hay peligro en la calle, sobre todo para una mujer.

Los turistas mayores me tranquilizaban: paseaban a cualquier hora y su torpeza daba un poco de pena. Solo los grupos de hombres jóvenes, extranjeros o no, me hacían ponerme alerta; cuando pasaban muy cerca sentía terror.

Como muchos, yo terminé en la calle cuando me metí en la droga. En los 80 éramos ilusos. Solo queríamos vivir intensamente. La heroína me dio la calma que faltaba en mi casa, siempre llena de gritos. Mi padre le pegaba a mi madre, mi hermano intervenía, yo solo miraba, llorando, y rezaba para que dios me sacara de allí. El caballo me hizo volar, salir huyendo, pero a un precio demasiado alto.

Al principio, simplemente, pasaba la noche en la playa, después de pincharme; a veces, despertaba con la jeringuilla aún colgando de mi brazo, amarillo y azul. Luego mi padre me echó de casa y busqué, de entre mis amigos, compañeros de chuta, a alguno que me sostuviera: un hombre te da seguridad cuando estás en la calle. Roberto ya llevaba unos meses viviendo así, y le vino bien mi compañía, el sexo de vez en cuando. Fue un acuerdo patético y desolado, pero yo no era yo en aquel momento. O quizá solo lo era a ratos.

Algunas mañanas, antes de que empezara el ruido de la ciudad, me iba sola a ver el mar. Sintiendo su olor a sal, me sentía extrañamente parte de algo más grande que yo. En esos destellos me recuperaba a mí misma, pero el resto del tiempo solo pensaba en conseguir dinero para comprar la droga. Toda mi vida

se enfocaba en eso. La ansiedad era permanente y dolorosa. Sobre todo, cuando el cuerpo reaccionaba a la falta de heroína y el mono me hacía sudar, temblar, que se me retorciera el cuerpo de dolor, que me dieran ganas de vomitar.

Una o dos veces robé. No me acuerdo bien; quizá alguna más. Lo que sí recuerdo es que una vez me prostituí, con un viejo asqueroso que luego no me quiso pagar, pero le robé lo que tenía en la cartera y me fui a pinchar.

Solo eso me importaba: el ritual de la cuchara, el limón, la aguja... y luego la calma. Era asombrosa la paz que sentía. El mundo se volvía blanco y cálido, como un colchón sin estrenar.

Pero Roberto me dejó, una noche me intentaron violar y toqué algún fondo de mí misma. Pedí ayuda en la iglesia de la Encarnación y no sé quién pagó mi internación, pero estuve en una granja donde pasé el mono y puteé como una loca, pero salí de esa mierda.

Lo que no conseguí es dejar la calle. Se me hizo costumbre. Cada vez me sentía más lejos de una vida normal, con trabajo y ducha. No sé explicar el cambio que se dio dentro de mí. Es como si no me sintiera digna de lo que tiene cualquiera: un desayuno, una cama, un amor.

Cada vez me hice más dura. Estar sola ya no era un problema. Solo algunas noches, envuelta en cartones, imaginaba que había tenido un hijo y ya era casi adolescente y me abrazaba. Miraba mis flores robadas y me alegraba, como si me las hubiera regalado él. Le hubiera llamado Antonio. Toño, como mi hermano. Pienso en él muchas veces, pero me da vergüenza buscarlo. Me enteré de que ya no vive en Marbella. Se fue todo lo lejos que pudo del escenario de nuestro dolor.

La primera noche que vi al grupo, me asusté, pero me parecieron muy jóvenes para poder hacerme daño. Eran chavales de instituto, drogados y con ganas de bronca.

Cuando vieron mi jarrón, se rieron, se burlaron y lo patear, pero no se rompió. Yo suelo mantener la calma cuando alguien me agrede, pero, no sé por qué, que intentaran destruir ese trocito de belleza tan insignificante, casi el único que me quedaba, me indignó.

Entonces les grité, les insulté, me puse como loca. Pero no dimensioné el tamaño de su odio y me volvió reforzado. Me empujaron y me dieron patadas cuando ya estaba en el suelo. Una en la cabeza, que me dolió bastante.

Luego apareció alguien y corrieron. Yo quedé como anestesiada. No lloré. Solo recogí las flores, el jarrón, mi rincón revuelto, y me acurruqué como un gato.

Dos noches después volvieron.

Cuando tiraron la gasolina no entendí bien qué pasaba. Y, cuando empezó el fuego, no pude escapar. Me levanté deprisa, tiré sobre mis piernas el agua del jarrón, sentía un dolor indescriptible.

Lo último que escuché fueron sus risas; luego, la sirena de los bomberos.

Lo último que vi fueron las flores mojadas sobre mi vientre, como adornando una tumba: el último resquicio de belleza que me dejaron.

Pensé brevemente en mi hermano y en el Toño que no llegó a nacer. Y, justo antes de dejar de ser, me vino una sensación conocida, parecida a la del caballo.

Una especie de placidez, de inmenso alivio en medio del caos.